La Comunicación Colectiva y la Educación

por **Fernando HINESTROSA**, presidente de la Asociación Colombiana de Universidades

Al discurrir en torno de la educación y los medios de comunicación masiva se suscitan dos inquietudes concurrentes:

1. Cómo incorporar los instrumentos técnicos y metodológicos de comunicación al proceso educativo.

2. Cómo hacer que la participación cierta y grande de los medios de comunicación en la cultura sea más eficaz a la vez que más auténtica. En otras palabras, sea mirando las cosas como educador, sea contemplándolas como comunicador o periodista, es preciso asumir un punto de vista político general que contemple como meta una interrelación más íntima de los ciudadanos, su incorporación plena a la sociedad y su participación activa en todos los aspectos de la vida de la nación, lo cual exige, una definición de los patrones culturales y un esfuerzo por atender la formación continuada, básica, técnica, académica y científica de las gentes y permite esperar un resultado de retorno en la demanda de servicios más esmerados y pulcros.

Cuando quiera que pensamos en educación asociamos este concepto indisolublemente con la escolaridad. De suyo nos remontamos a la escuela pitagórica, pasamos de allí a la Academia y proseguimos con la escolástica y la función de la Universidad. De modo que mental y prácticamente hemos llegado a considerar que solamente se adquiere cultura, técnica, ciencia e incluso arte, en la relación maestro-alumno, dentro de un plan de estudios preestablecido y en periodos rígidos. Así, al no poder ignorar que multitud de figuras connotadas de la humanidad en todos los respectos y de movimientos definitivos en su decurso histórico, han surgido aparte, los señalamos como excepciones, asumiendo cierta actitud despectiva, propia de quienes pudieron proseguir el recorrido regular, frente a quienes han crecido al margen de él, para una clasificación maniqueista del hombre en letrado e ilustrado, circunscrita a dichos patrones.

Independientemente de toda consideración analítica retrospectiva, esa postura se nos ofrece insostenible hoy, cuando el aumento desmesurado de la población en general, los cambios de la composición de la pirámide demográfica por edades, la diversificación pasmosa de las materias y las actividades, y la necesidad de renovación constante de los conocimientos, hábitos y actitudes, sumada a la afirmación ideológica de la universalización de la cultura y la educación impiden imaginar siquiera que con el estilo tradicional se pueda satisfacer esa exigencia múltiple de cantidad, calidad, variedad y continuidad. Quizá merced a esos premios nos resignemos a idear cómo podremos recibir y adaptar las técnicas modernas de comunicación a la educación y a la cultura, por necesarias y útiles.

Los casos del Colegio de México y la Universidad del aire o abierta en la Gran Bretaña son especialmente significativos, no sólo por sus resultados iniciales, sino porque son iniciativas y experiencias en la fase más refinada del proceso, respecto de la cual serían más fuertes las reticiencias y los temores de calidad inferior. A ello cabría agregar lo que en distintas regiones y áreas se está haciendo en materia de educación primaria y secundaria y de preparación técnica industrial y agropecuaria, al margen de las escuelas.

El interrogante a la postre es demasiado elemental: ¿Por qué seguir circunscribiendo la formación y capacitación de cada quien a su asistencia a la escuela, al liceo y a la universidad, y por tanto, a pequeños grupos, escogidos en razón de sus capacidades económicas o de un índice de aptitud mental nunca seguro? ¿Cuál será entonces la tarea de la escuela y del profesor? ¿Cómo inculcar en el hombre, desde niño, la apetencia por la cultura, el sentido de la necesidad de su formación intelectual y el hábito del estudio? ¿Y cómo lograr, además, el espíritu de cuerpo y de trabajo en equipo?

Curiosamente las mayores carencias y defectos se presentan en la gran masa de población infantil, más necesitada por su situación biológica y cronológica, por su número y por su dispersión, y proporcionalmente menos atendida, en tanto que el esfuerzo esmerado e individual se concentra en la educación superior, cuando habría que presumir un mayor sentido de responsabilidad personal, sin que también la conveniencia de mayor libertad en el esfuerzo. Claro que el profesional es un multiplicador y que esa preocupación por capacitarlo y aumentar su competencia. Empero, al pensar más seria y ampliamente se palpa la urgencia de volcar el esfuerzo máximo hacia la niñez, en especial sobre aquella que aún no ha adquirido y estratificado su código cultural, que definirá ineluctablemente su futuro. En fin suministrar la atención y el cuidado directo a quienes se inician en todo y a quienes comienzan la etapa respectiva. Poner en práctica algo que teórica o verbalmente es ya un aserto obvio: la educación es un proceso indefinido y lo fundamental es despertar inquietud, querencia y necesidad, dar a conocer programas, métodos y técnicas, formar hábitos y capacidad de adaptación a lo nuevo.

El empleo intenso y sistemático de los medios audiovisuales masivos, unido al aprovechamiento de los medios tradicionales, hará cambiar, sin duda, el epicentro del movimiento cultural. Si hasta ahora se había indicado la necesidad de pasar del aula a la biblioteca, el laboratorio y el taller, para una liberación y responsabilización cultural, hoy hemos de pensar decididamente en la radio, el amplificador, el receptor de televisión y muchos otros aparatos, cada vez más al alcance de grupos de individuos y, por cierto, mucho más atractivos y persuasivos, que permiten el tránsito de una cultura prevalecientemente lineal y sucesiva, como corresponde al impreso, a una cultura global, de impresiones sensoriales simultáneas.

Lo cual requiere, a su turno, una alimentación cuidadosa en todo sentido de tales medios, materiales y utensilios, no sólo en su aspecto formal, sino cardinalmente en su contenido, como campo máximo de acción del intelectual y del científico. Pienso entonces en un símil clásico y gráfico: Las enciclopedias como decantación de conocimientos generales, o como reducto del saber, serían inimaginables como fruto de un afán individual o de un grupo reducido de personas; su gran difusión permite y exige el esfuerzo de los más calificados, sin que hayan de ser tenidos por los únicos o los mejores, pues es factible y cierta la variedad y la heterogeneidad de puntos de vista y posiciones.

No sé hasta dónde sea quimera o necedad imaginar a los centros docentes en los distintos niveles como laboratorios, proyectando su imagen y su mensaje no solamente a unos cuantos escolares, que en mejores términos que los actuales se esforzarían más en intensidad y celeridad en su formación, incluso por la misma espontaneidad de su concurso, sino sirviendo a toda la comunidad con la exposición de sus planes, programas y métodos, y con la divulgación masiva de sus cursos, para luego apreciar el rendimiento, con la periodicidad y el rigor indispensables y otorgar, cuando ello sea menester, los certificados, títulos y grados indispensables.

conciente, resulta una preeza, cuando no una ilusión.

Probablemente por desviación profesional pienso en que deberían darse ciertas aproximaciones deliberadas entre esos varios tipos de docencia, y en que es mucho lo que recíprocamente pueden enseñarse escolares y comunicadores, universitarios y periodistas. No contemplo simplemente lo básico, como es la formación profesional en ciencias de la comunicación, sino el contacto permanente y el intercambio de ideas y enfoques, y la necesidad de conjunción en el ejercicio de algo de por sí común: La preservación de una conciencia nacional.

Vivimos bajo el signo del progreso y el desarrollo social. La universalización creciente de la humanidad nos ha llevado a pensar en la tierra como en nuestra patria, al paso que el influjo exterior es tan intenso y

Ponencia Presentada en la Primera Conferencia Internacional Sobre Periodismo Educativo, que se Efectuó en la Ciudad de Guadalajara del 22 al 28 de Julio de 1973

Esto nos sabe a heterodoxo a quienes nos hemos criado en el sistema de escolaridad más o menos rígida comentado al comienzo, pero, estoy seguro de que le parecerá natural y probablemente timido a quien atisbe el problema viniendo de la actividad de la comunicación, principalmente al periodista.

Recuerdo que hace ya algún tiempo, cuando se rendía homenaje a un periodista muy distinguido de mi país, se destacó "su magisterio cotidiano". Entonces me pudo sonar a retórica e incluso a hipérbole el concepto. Varias veces he vuelto sobre él y ahora estoy convencido de que el oficio de maestro, hasta en sus demasías, no es monopolio de los profesores y de que esa labor la ejercen muchas otras personas, aún sin percatarse de ello y sin desearlo.

Quien quiera que vierta su pensamiento y cuanto mayor sea su radio de acción, está enseñando forma y contenido, con su ejemplo y sus reflexiones, y si se trata de una actividad diaria o frecuente, en forma imperceptible va horadando la conciencia de su público oyente o lector. De esto se habla a menudo con relación a la responsabilidad del comunicador, pero sin nexo con las proyecciones educativas del cargo, acerca de las cuales ha de insistirse con la mira de reforzar el "descubrimiento" de que la cultura, la ciencia y la técnica no yacen en los solos textos y aulas escolares, ni se ofrecen apenas a quienes durante cierto tiempo paciente y sistemáticamente van a buscarlas como escuchas y lectores asiduos, así la suya sea una manera magnífica de alcanzarlas. Pero también en el ánimo de apuntar que el contacto personal, el calor humano y el entusiasmo resultantes de la convivencia constante, no están reservados al ambiente académico, no obstante ser oportunidad y lugar de suyo propicios para el diálogo. ¿Cuántas amistades dilectas y preciosas no va haciendo uno con gentes de quienes únicamente sabe el nombre, algunas fallecidas de antiguo? Amigo no es el libro o la composición musical, el cuadro, la escultura o la fórmula, sino su autor, que se proyecta sobre uno y se le ofrece íntegro, con la dedicación que uno le demanda, siempre a disposición, y con la empatía y la fidelidad discrecionales de cada ser de su público? Y tanto más posibilidades de aproximación e intimidad surgen cuando lo que se recibe no es sólo criatura fija, sino su imagen, su porte, su voz, su vida íntegra, su ser dinámico? Entonces la preocupación puede ser bien otra: al **magister dixit** podía sustraerse quien no frecuentara la escuela, en tanto que mantener la autonomía frente al mensaje ideológico, práctico o mercantil, repetido con el máximo refinamiento técnico que en ocasiones se enquista en el subveloz que de pronto nos sentimos extranjeros en nuestra propia casa. Presurosos pedimos, ofrecemos, recibimos y damos toda clase de ayuda, en un frenesí solidarista. Tratamos a tientas de encontrar la síntesis entre la universalidad y la nacionalidad. Quisiéramos rechazar de plano lo extranjero, pero al ver la irreflexividad de esa actitud, y en aras de ponderación y calificación de lo extraño, en muchas ocasiones el tamiz se reduce a juzgar por el origen de la mercancía cultural o ideológica, dejando de lado su calidad y pertinencia. Además, padecemos endémicamente el curioso achaque de la neofilia, que nos conduce a ansiar y disputar todo producto que se diga nuevo o tenga embalaje de tal.

Todo esto nos hace aceptar de buenas a primeras la importación según el origen de nuestras predilecciones y por su apariencia de novedad, sin pensar en sus riesgos, en su utilidad y encuadre dentro del medio propio. Quien tiene más poder, político, cultural, económico, y generalmente todo ello junto, impone un patrón, en veces violentamente, sobre todo antaño, en veces más por la fuerza de persuasión que tiene el modelo. Esto acontece en las microsociedades y se refleja en la macrosociedad. La cultura, la ciencia y la técnica, los métodos y los instrumentos, naturalmente se producen más rápida, económica y abundantemente en esos centros, como es natural que se quieran esparcir por la periferia, por iniciativa de ellos o demanda de esta. Pero, aún descontando egoismos, ambiciones e intereses ¿todo es bueno, útil y provechoso para todos? ¿o será malo y adverso porque no es originario nuestro?

Así reflexionando sobre la educación y la comunicación, espontáneamente llegamos a reiterar algo que por igual se predica de la universidad y del periodismo, su misión de recibir, preservar y aquilatar la cultura, dentro de la cual se introduce la afirmación de los valores propios, de lo que define la identidad propia, no solo nacional, sino individual, no solo el saber, sino la autonomía. Y en cuanto a medios y técnicas se refiere, la necesidad de dominarlas, esto es, conocerlas e imbuirles el sello y el aliento propios.

Se me ocurre, por último, que en debate franco y abierto, universitarios y periodistas de todo el continente, en lenguaje más que de amistad, de necesidad, que es el que más aproxima, ha...emos de convenir que la solidaridad y la ayuda no pueden existir, si cada parte no desea ser ella misma y por sí y no aspira a que la otra proceda en esa forma. Se censura a quien anda distribuyendo fórmulas y recetas y hacinándolas consumir imperativa o inhabilmente, pero el reproche ha de extenderse a quien desea lograr el resultado por ensalmo, sin poner o dar nada de sí, como también a quien practica la automedicación.

Ni cada cual tiene la fórmula ni existen fórmulas universales y absolutas, amén de que la enfermedad es sicosomática. Un buen punto de partida es entonces saber nuestra voluntad de salir adelante y contrastar nuestros prejuicios, y tal vez también querer conservar algunos de ellos, ya por ser tales, ya por haber salido confirmados.

TESTIMONIOS Y DOCUMENTOS